

De intenso recorrido, ha participado en numerosos certámenes literarios en Castilla-León, Madrid, Andalucía, Extremadura, Asturias y la Comunidad Valenciana, obteniendo, entre otros, los siguientes reconocimientos: "Primer Premio en el Concurso de Cuentos Día Mundial del Medio Ambiente (Junta de Castilla y León, 2006)", "XXVI Certamen Cuento Corto Ayuntamiento de Laguna de Duero (Valladolid, 2006)", "III Certamen Relatos Breves Ayuntamiento de Aranda de Duero (Burgos, 2007)", "XXIX Certamen Cuento Piuma de Oro de Alcaracón (Madrid, 2007)", "VII Certamen Literario Al Andalus Relato Corto 2007" y "IX Concurso Literario Villa Peñaranda de Duero (Burgos, 2007)".

Jorge Saiz Mingo

(Burgos, España)

Séptimo Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

LA PIEL CONCÉNTRICA

El aburrimiento reinaba mortal en mi vida después de tres lustros dedicados a la enseñanza de metodología de la estadística. Los gráficos se preñaban por la costumbre con variables que a casi nadie interesaban y la asignatura era considerada por los alumnos como un callejón sin salida dentro del laberinto de la carrera. Eché un vistazo apático por enésima vez al rimero de exámenes pendientes de corregir y me asomé al ventanal del despacho con el ánimo apocado, el cielo cerúleo, las ganas de

romper con todo más enviscadas que nunca. Varios operarios se ocupaban del arreglo de los jardines que adornan con colores abigarrados el contorno de la facultad. Las cortacéspedes ronroneaban con un mallar



de gatas enceladas y algunos estudiantes, sentados en una fila de bancos pintarrajeados, ganduleaban sin ningún afán por entrar a las aulas. A menudo había fantaseado con colocar un micrófono debajo de algún banco para espiar las conversaciones de mis alumnos. El morbo culebrecaba ansioso por mi espinazo al imaginar la grosura de los insultos y la parquedad de las lisonjas. La verborragia, que a buen seguro exhibirían al estar a su aire y fuera del control auditivo de los profesores, superaría con creces la ficción. Además tendría que contratar a un especialista en esas lides que me firmara una cláusula de discreción obligada, la acción nocturna y con alevosía, los nervios a flor de piel en mi primer día tras la osadía. Me llamó la atención el modo singular de conducirse de uno de los trabajadores. Al principio no conseguí dilucidar si era un hombre o una mujer ya que todos estaban de espaldas y lucían una gorra calada con el logotipo de la empresa, las tijeras de modelar setos en ristre, las púas de los rastrillos apiladas en torno a una furgoneta aparcada en las inmediaciones. Sin embargo enseguida pude apreciar que se trataba de un hombre porque se dio la vuelta para pedir fuego a una rubia de aspecto despampanante, un porte de galán condecorado con la medalla al mérito viril, la silueta dibujada con talento de artista. Un pellizco de deleite se incrustó en el tedio de mi ombligo, las relaciones escasas en mi biografía sentimental, el brío intacto en el fondo de mi corazón saturado de datos cuantitativos. Subí el volumen del auricular que me proporcionaba una melodía fresca en el oído y una sintonía de jazz voluptuoso purificó la atmósfera del despacho que unos minutos antes me había parecido la celda de un monasterio de carmelitas descalzas. Luego descendí por las escaleras con el tiento azuzado y me planté en los jardines con rapidez de águila.



Hola, Rosana, y saludé a una profesora de álgebra entre los rosales que reptaban por las paredes traseras del salón de actos, la tarde romántica, el pipiar de los gorriones embebecido.

Me había acercado al jardinero por detrás con la duda balanceada en mi cráneo, la locura emprendida a partir del rumor de un pálpito desbocado, el runrún de las máquinas con tenacidad de frecuencia absoluta. Mi imaginación se obcecaba en elevarlo al altar de los dioses más emblemáticos y el buzo azul se embuía con presteza en su cuerpo trazado por un genio de la estética. Remoloneé en derredor de su presencia hasta que me vio, los ojos fronteros con un brillo de zafiro, las hojas de las hiedras contiguas reflejando la delicadeza de una epidermis creada para la frucción. Recordé mis tiempos de poesía adolescente en el instituto, los versos escritos con la pasión quebrada en la garganta, la rima consonante buscada con ahínco de hormiga. Me enamoré de un chico coetáneo que saltaba el potro con garbo de saltimbanqui, los hombros regidos por una cuadratura de gimnasio, el flequillo tieso por el helor del madrugón. Jamás le hablé a pesar de que siempre me lanzaba una ojeada de cábaro al rececho de ratones de campo. Sus labios de frambuesa se exponían desnudos a la brutalidad de los matones quinceañeros y mi saliva se espesaba rauda como un río de lava. No supe su nombre ni si sacaba sobresalientes en matemáticas similares a los míos, pero cada vez que le atisbaba en la turbamulta de los recreos un pimpollo de ardor nacía en mi espíritu. En aquel entonces la represión manaba automática y la sospecha se engurruñaba en un santiamén al divisarle abrazado a cualquier chica de senos protuberantes. La cabeza se me iba en dimes y diretes mientras que el jardinero continuaba ensimismado con su labor, los tímpanos librados de la contumacia del ruido por un protector en las orejas. Por fin me distin-



guió y el buenas tardes brotó de sus encías con acento argentino, la lírica arrebatada por la suavidad de su dicción, un hueco abisal en el arcón de mi sentimiento. Paré mis pies al socaire de su sonrisa y me llevé el índice a la boca en señal de complicidad, las patillas tupidas, un zarcillo áureo en su lóbulo derecho. Mis pestañas se rizaron en pos de la seducción y la verdad anadeó enfrente del azogue de mi extrañeza, las campanadas de una parroquia con una hora ajena a la realidad del mundo, la dignidad compacta.

Está linda la tarde, y un bullicio de serpentina se extendió por la cornisa de mi coronilla, el romance columbrado en lontananza, mi anular vacío de compromisos latentes.

Me presenté con la barbilla trémula de emoción y algo debió notar porque de improvviso comenzó a darme detalles de lo secas que estaban las glicinas, del nido de mirlos que acababa de respetar entre las zarzamoras, de la maldita bronca horrisona que surgía de la cortacésped. Su discurso se asemejaba al de un experto en domar tigres de apetito desordenado, mi cobardía puesta en entredicho en un periquete de rasguño, todos los idilios del universo resumidos en su mirar de héroe. Al poco apagó el motor y pude valorar el matiz céreo de sus nudillos. Una ilusión feroz se encalabrinó en el vértice vespertino, el calor de junio con un sofoco de mil demonios, un trío de estudiantes abstraídos con el acertijo de sus móviles. Un colega de probabilidad pasó a mi lado y me lanzó un saludo esquemático mientras acudía presuroso a una clase enmarañada con sucesos aleatorios. Mi corazonada se estrelló contra la tapia que circuía el sendero de los servicios, un ramalazo de pecado encastrado en el esternón, un sí apedreado por un turbión de noes en el precipicio de la estadística. Un

silencio de eucaristía se instauró adrede en el oxígeno y su jovialidad se hinchó agreste con la trascendencia de mi cuarentena mediada.

No tengo laboro hasta las seis, y la ambigüedad de su tono vago-bundeó por las ramas del dúo de sauces llorones que sombreaban nuestras figuras, la atracción indefectible, el hálito aturrullado.

Pensé durante un instante en la consecuencia de la entrega y ningún inconveniente se empecinó en castigar mi destliz, el anhelo desmesurado, la fraternidad elevada a la máxima potencia en un abrir y cerrar de ojos. Se quitó la gorra y una melena lustrosa revoloteó alrededor de las venas finas de su cuello, el verdín adherido a sus botas de puntera tosca, las manos diligentes al obsequiarme con un roce de ensueños veleidosos. Me giré hacia la ventana del despacho por si acaso mi conciencia celaba nuestros movimientos, pero solo fui capaz de entrever el reflejo de la monotonía enclavada en el maremagno de exámenes sin corregir, el bolígrafo rojo expectante ante mi ausencia, los suspensos con esperanzas vanas de coronar la cima del cinco raspado. Entonces regresé de inmediato al paraíso de ascuas que el jardinero me ofertaba con sus iris de mamífero carnicero. Fijó las condiciones del encuentro con artimañas de prestidigitador hábil en el manejo de los espejismos, la prudencia envalentonada, la excitación atrapada en un cepo de hierros candentes. Se desprendió de la parte superior del buzo y dejó a la intemperie una camiseta de manga corta con un grupo de rock satánico en el pecho, los bíceps torneados, la tez blanca en el vello inmisericorde de sus antebrazos. La lascivia avanzaba a toda pastilla por la trocha de mi ingle, pero los remordimientos hozaban de mala traza entre los terrones de mi alma. Me refugié mentalmente en el asilo donde mi madre cabeceaba presa de una demencia



senil precoz. Su moño decimonónico se caracterizaba por una decena de horquillas entremetidas con esmero de miniaturista y su mirada se extinguía ida cada sábado cuando me observaba sin verme. Reducía las visitas a una semanal porque una pena ingente me derrumbaba a su vera, la silla cómoda bajo las dos hayas del patio donde nos juntábamos sin tocarnos, la infancia feliz exiliada en un pretérito de merendolas exquisitas. Un vínculo sagrado nos unía cuando me llevaba al colegio con el lazo del meñique, la sangre exhausta ante la avalancha de cariño maternal, sus consejos sumergidos en una burbuja de amistad por encima de la penuria provocada por el fallecimiento prematuro de mi padre. Mis excelentes notas en la selectividad se tradujeron en una matrícula de universidad prestigiosa, el encono compartido al alimón durante los cinco años de la carrera, una llantina de niña engolosinada el día de mi graduación. Luego todo se torció con el zarpazo de su enfermedad y nada fue igual, ni dentro ni fuera de nuestros corazones hacheados por la necesidad de internarla en una residencia de ancianos.

Andá vos primero, y su orden borró cualquier indicio de nostalgia pueril, un hormiguelo de picazón enseñoreado con la malicia de su impenetrativo, la estadística arremolinada en mi cerebro con los cuartiles y los percentiles.

Entré en el servicio de caballeros y calibré la exactitud de mis cutículas mientras aguardaba con el pulso acelerado por si alguien descubría el antojo de mis preferencias. La puerta batiente se mostraba idónea para el hallazgo de tesoros escondidos a ras de tierra y el espejo se pavoneaba con el fulgor acaramelado de la impudicia. Los minutos engordaron con el túmulo de inferencias con las que mi mente trabajaba a destajo, las

calificaciones finales aún invisibles en el listado facilitado por la secretaria, el delegado de la clase enfrascado en un chismorreo febril. El curso anterior se había realizado una encuesta entre el alumnado acerca de la calidad de la enseñanza y yo había quedado en un digno puesto undécimo entre ochenta docentes, las calvas relucientes, el baremo de los méritos anquilosado en los expedientes personales. Mi honor se había ahuecado embonado por el resultado y el rector me había regalado una palmada grávida de hipocresía antes de comenzar un discurso engalanado con docenas de vocablos espurios. La solvencia de mi honra se decuplicó a partir de aquel triunfo y todo fueron parabienes en las arenas movedizas de los pasillos, la pujanza por trepar en el escalafón abombada, los colegas de departamento con la sorna encauzada hacia el pantanal de la envidia. De súbito un agudo retortijón de tripas clausuró el quehacer de mi pensamiento y tuve que agacharme para recuperar el aliento, el silencio de los mingitorios eclesial, el goteo de una cisterna convertido en el metrónomo de mi impaciencia. El jardinero se demoraba y me daba vergüenza asomarme a la puerta para ver si se aproximaba. La lujuria porfiaba en los bajos fondos de mi instinto y la baba se remansaba grandilocuente en el ápice de mi lengua. A la postre entró como una exhalación, la cara vapuleada por la prisa de la rijosidad, un triángulo enrojecido por el brochazo irreverente del sol debajo de su mentón. Penetramos en uno de los chiribitiles de los inodoros y se pegó a mi vientre sin decir ni mu, la piel concéntrica, el donaire obsesionado con trizar cualquier equidiferencia que existiera entre la cautela de nuestros deseos. Me amó con rectitud de varón cursado, el clímax soldado a un gemido quedo que rebotó en el fluorescente del techo, los dos arrollados en un jadeo de perros alborotados.



Vos me gustás, y tras enfatizar la ese final se fue tan pancho como un niño saciado de chokolatinas, un aroma a hierba segada en el aire, su nuca acolchada por una reata de gotas de sudor hombruno.

Permanecí un rato en la inclemencia del váter tratando de asumir la congruencia del acto, pero la vastedad de la circunstancia se irguió dentro de mi turbación, los aladares recompuestos, el sentido común recuperado a marchas forzadas. Regresé a mi despacho y dediqué dos horas a rematar las notas finales de junio, los números redondeados a medida que las proporciones se imponían a los incrementos, un batiburrillo de coeficientes aclamado en la profundidad de mi conciencia. Sin querer pensé de nuevo en mi madre y el ejército de la melancolía venció sin problemas a la realidad, la lástima emparentada con recuerdos de su leche frita, un conato de emoción sanguina apeñuscado en mi gaznate. Al cabo entregué el botín de las calificaciones en el mostrador de la conserjería y una muchacha de mechucas caobas clavó la lista en el tablón de anuncios. Me fui a casa y ni siquiera me duché con la intención de conservar el perfume de la querencia, la soledumbre amparada en cada rincón del piso de mi madre, su foto enmarcada en un rectángulo de aristas argentadas. Cené dos rebanadas de pan de centeno con jamón ibérico y dos copas de vino tinto. La euforia gusaneó plácida en el torrente de mis venas, la posibilidad de un segundo encuentro vislumbra en la penumbra de las persianas bajadas, la cama basáltica. Dormí con candidez de bebé y soñé con la reciedumbre voraz del jardinero, la sensualidad y la estadística apareadas sin circunspección, la noche esponjosa. El alba inspiró al crepúsculo con guiños de camaradería y me desperté con la estima forrada de júbilo. En vez de coger el autobús como hacía cada día, caminé por la chopera que bordea el río hasta la universidad, las riberas



aseadas con primor por las brigadas municipales, el mundo de los promedios matemáticos ajeno a un clan de fochas. Posé mis pupilas en la negritud de su plumaje y en la blancura de sus picos, una aleación cromática perfecta, la mañana embalsamada con el futuro contingente. Antes de atravesar la puerta de cristales colosales de la facultad husmeé por los alrededores en busca de mi favorito, pero solo vi la furgoneta de la empresa cerrada a cal y canto, una colina de césped cortado a su lado, el motor de las desbrozadoras mudo. Subí al despacho por las escaleras con ademán jovial y me crucé con una pandilla de estudiantes de semblante ceñudo, los suspensos atiborrados de veranos desolados, la sorpresa de las incógnitas con frecuencia aparatosa. Abrí la ventana para orear la densidad del ambiente y el sol cuajó los tabiques con su luz onírica. De repente el porvenir se trufó de heridas saladas al contemplar al jardinero mariposeando a la vera del bedel más hermoso de la facultad, la fabulación apuñalada por la daga de los celos, el día oscurecido de forma irremediable. Mis augurios estallaron en mil añicos de rabia convulsiva y una voz resonó a mi espalda con el retintín de la ironía.

Juan, afuera tienes trece alumnos que quieren revisar el examen, y la pereza de regatear las quejas se sumó a la decepción supina, un arador de la sarna anidado en mi escroto, el lapso de la felicidad estadísticamente exiguo.